

Cluster

La muerte de Cluster



Noviembre 2021

Noviembre 2021

Nº 5

Consejo Editorial

Mariana Sánchez López S.

Dirección general

Mathias Ball Escamilla

Subdirección y corrección de estilo

Bruno Armendáriz Torroella

Jefe de redacción y corrección de estilo

Alex Ramírez Noreña

Dirección de arte

Colaboradorxs

Textos

Bruno Armendáriz

Mariana Sánchez

Alex Ramírez

Diana Mejía Vázquez

Mathias Ball Escamilla

Nicolás R. Torres

Ilustraciones y fotografía

José Pita

Darío Cortizo

Livoight



La muerte de Cluster

Por Bruno Armendáriz

CANTO PRIMERO: VISITA, RECLAMO Y AFRENTE

El consejo editorial
se encontraba ayer reunido;
discutía en el zaguán
el valor de un texto escrito:

“Creo que toca buenos temas,
pero hay poca osadía”.

“Yo le veo muchos problemas
y, ni hablar, la ortografía...”

“No hemos sido muy cabales,
hay que darle otra leída”.

“No son más que nimiedades
los aspectos que critican”.

En eso estaba la junta,
entre notas y argumentos,
cuando vino la huesuda
transportada por los vientos.

—He venido a darles muerte,
mozalbete pretenciosos,
sepan que han tenido suerte:
siguen vivos y pomposos—.

—¡Pero si es la dulce flaca
con su hoz y con sus prisas!
¿Por qué quieres, oh malvada,
darle muerte a la revista?—

—¿Pero quién se creen que son,
chamaquitos azorados?
Mandé un texto para el blog;
veo que no se ha publicado—.

—Te ofrecemos mil disculpas...
hay demasiados pendientes.
Te incluiremos, no sin culpa,
en el número siguiente—.

—No me quedo complacida
con promesa tan escuálida;
heme allí, ya reducida
a una lánguida temática—.

Tras oír estas razones,
entre miembros del consejo
cuchichearon opiniones
para salvar su pellejo.
Discutían, discutían;
se rompían la cabeza,
hasta que entre muchas risas
presentaron su propuesta:

—Escucha bien, querida:
como muestras gran empeño
en tu prosa y tu poesía,
te ofrecemos este puesto:

escribirás con nosotros
de manera semanal;
que tus textos sean muy cortos,
sin erratas ni maldad.
Te abre ya todas sus puertas,
el consejo editorial:

¡Y que en el infierno seas
nuestra fiel corresponsal!—

CANTO SEGUNDO: LA CATABASIS

Luego de aquellas palabras
y su tonito irrisorio,
imaginose la parca
el periodismo mortuorio:

“Si me consigo un micrófono
podría hacerlo muy bien...
Debo hallar un sitio cómodo;
y entrevistar a Cobain:
—¿Cómo lo trata la muerte?
¡Ah, Tin Tan, usted también!
Debe ser mi día de suerte,
cuéntemelo de una vez:
¿Sigue usted en el bolero,
o ya se mudó al danzón?
Y ¿qué ha sido de Marcelo?,
¿’ta tocando el guitarrón?—
—Todo me ha salido chueco,
ésa es la mera verdad.
Ni danzón ni canturreo,
sólo queda lamentar...—
—Deje ya de lloriquear;
No ande perdiendo la fe,
que de tanto sollozar,
se parece usté a Jacques Brel...
¿Y si aprovecho el viraje,
a propósito de Brel,
para hacer un reportaje
sobre la *chanson française*?
‘Hábleme del anarquismo’,
le pediría a Ferré;
‘Defina usted el bretonismo’,
le exigiría a Botrel.

Y aun aprovecharía,
si la noche fuera joven,
para sacarle unas risas
al mismísimo Beethoven:
¿Ya encontraste tu centavo,
prodigioso Ludwigcito,
o te ha condenado el hado
a ya darlo por perdido?”

Y así continuó la flaca,
haciéndose de ilusiones;
se le dibujó en la cara
un cúmulo de ambiciones:
gracias a su buen oficio,
en su cuento inverosímil,
resolvió sin artificio
el porqué del Caso *Biggie*...

Y tras ese primer logro,
con ánimo de ayudar,
hizo tregua con el gordo
y hasta lo juntó con Pac;
luego pensó en el Barroco
y se fue a charlar con Bach,
para sacar una nota
sobre su arte musical...

“Qué bonitas son las cosas”
pensó la parca hacia el final
“La muerte color de rosa,
diría mi amiga la Édith Piaf”.

CANTO TERCERO: CONCLUSIÓN DEL TRÁMITE, O FIRMA DEL CONVENIO

—Está bueno, amigos míos,
ya me convenció su plan.
De su muerte me deslindo;
al fin, los matará el SAT.
Sepan que aunque no sea yo
la que ataque con empeño,
cada día hay una ocasión
pa' quedarse sin dinero:
si no los mata mi hoz,
en los instantes que quedan,
se los echará veloz
un añito sin sus becas;
y si de perdida viven,
tras las escaseces feas,
los matará muy triste
el cansancio o la flojera—.

Firma de la muerte, o de la representante
infernal en turno:



índice .

10.

La muerte y sus rituales

Mariana Sánchez López S.

28.

Desenmascarados

Mathias Ball Escamilla

18.

**Bitácora de los últimos
meses del explorador
Noel S. Engel**

Alex Ramírez

36.

**Aquél que no sabe de
martirio**

Nicolás R. Torres

26.

La muerte incomprendida

Diana Mejía Vázquez

La muerte y sus rituales

Una reflexión personal

Mariana Sánchez López S.

te ■ ■ sonal

Los campamentos en mi secundaria y prepa eran una actividad obligatoria. La costumbre era, cada año, visitar con toda la generación y algunxs maestrxs, algún lugar de la República, y hospedarnos en algún hotelito o acampar por varios días. Claramente, como alumnxs pasábamos todo el año anhelando el momento en el que se anunciara el lugar y las fechas en las que iríamos, ya que solían ser los días más felices del periodo escolar. Por mi parte, disfruté cada uno de los seis campamentos a los que asistí, unos más que otros, pero definitivamente el de Chiapas es el que más recuerdo. Si bien tengo cientos de historias que podría contar de ese viaje (por ejemplo cuando un compañero rompió con un cuchillo la tienda de campaña que una maestra le había prestado; o cuando un maestro nos *descubrió* a mi mejor amiga y a mí compartiendo un mojito; o cuando desaparecieron varixs compañerxs durante horas por haberse ido a Guatemala en kayak y regresaron más tarde por el bosque), hoy me parece pertinente contar la vez que visitamos San Juan Chamula.

Como breve contexto, San Juan Chamula es un poblado en la zona de Los Altos de Chiapas, cerca de San Cristóbal de las Casas, que mantiene las tradiciones de la etnia tzotzil-maya, de modo que es una de las pocas regiones que todavía promueven la enseñanza de su idioma y costumbres rituales. Tal vez la conozcan por su catedral, que por fuera parece ser una iglesia católica de la época colonial, como cualquiera otra, pero cuyo interior no alberga las tradiciones cristianas, o al menos no de manera convencional: aun si se celebra el bautismo y la veneración a ciertos santos, para los que mantienen altares dentro del edificio, en el mismo espacio se practica también la santería y otras actividades pertenecientes a las creencias prehispánicas, por lo que también hay flores, refrescos, gallinas muertas, hierbas, etc.

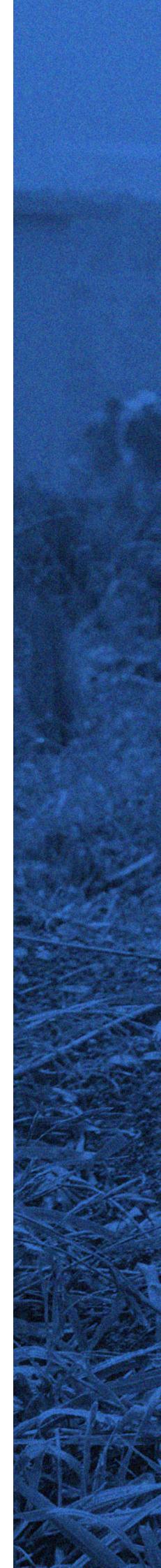
Si mi memoria no me falla, antes de entrar al poblado llegamos al panteón. Recuerdo que el camión paró unos metros arriba del mismo y, al bajar, sentí una vi-





bra casi mágica que recorría el lugar: una espesa neblina cubría el campo que se extendía bajo nuestros pies, se cruzaba y bailaba entre las cruces y los montículos de tierra que conmemoraban a los muertos del lugar, y hacía que el templo destruido que se alzaba al fondo pareciera todavía más tenebroso. Conforme íbamos descendiendo, comenzó a llegar una melodía que nunca antes había escuchado, y es que habíamos llegado justo durante la ceremonia de un entierro, por lo que se habían reunido en un círculo un gran número de personas. Pero lo que a mí más me llamó la atención fue que había un grupo de músicos (habrán sido una guitarra, un tambor y un acordeón, no recuerdo con exactitud) que dejaban salir melodías. A mi parecer eran demasiado alegres para el momento que se celebraba.

Más tarde, después de caminar varios minutos por la carretera y llegar finalmente a la catedral, entramos al lugar y la sensación de estar conectando con una espiritualidad que nunca antes había experimentado sólo fue acrecentando. Sin embargo, fue hasta después de eso que volví a sentir este choque de emociones, cuando, al caminar por las calles del lugar, de pronto pasamos por una casa de la que salían humos con olor a incienso y otras esencias y, de nuevo, una música desconocida para mí; de nuevo aquella música rítmica pero a la vez melodiosa, llena de sentimiento, nostálgica pero a la vez alegre. Cuando pregunté por ella, me dijeron que también ahí estaban velando un cuerpo, pero que celebraban más que lamentarse. Me pareció algo precioso y definitivamente me marcó.





El estar rodeada de todas
esas cruces, el ambiente
húmedo, frío y oscuro, me
hizo sentir el pesar que
tantas veces he sentido al
enfrentarme a la muerte



Años después de esto, me he encontrado varias veces frente a la muerte de personas conocidas y las ceremonias que ello implica. Claro que en las misas y rituales cristianos también se canta, y no diría que son canciones precisamente tristes; pero los rituales en sí son distintos: no celebran el hecho de la muerte en sí, sino que celebran que nuestras almas trascienden a un plano espiritual, donde tal vez —y sólo tal vez— vivirán en el eterno descanso. Sólo en dos momentos, además del ya mencionado, he percibido la muerte de una manera distinta: en la primera estaba con mi mamá y mi hermana en una playa de la costa de Oaxaca y, una noche, nos despertó la música de una banda que pasaba al lado de nuestro cuarto; al salir, supimos que era una familia que celebraba la muerte de un pescador que había muerto más temprano. La segunda vez, fui al velorio de una compañera de mi facultad y, después de una misa y todo lo que eso implicó, mis compañerxs sacaron sus instrumentos y empezamos a cantar canciones que a nuestra compañera le habría gustado bailar y cantar con nosotrxs. No me consta, pero estoy bastante segura de que el tono de la música influyó en cómo percibí la muerte en esas tres ocasiones.

Hace poco —no me pregunten por qué— entré a conocer el Panteón Xoco, el que está a un lado de la Cineteca. El estar rodeada de todas esas cruces, el ambiente húmedo, frío y oscuro, me hicieron sentir el pesar que tantas veces he sentido al enfrentarme a la muerte; supongo que eso seguirá pasando. Sin embargo, ahora recuerdo el panteón al que llegué aquella vez en San Juan Chamula, y que la sensación no fue la misma. Me pregunto si la muerte duele menos cuando se celebra con música alegre.

Bitácora de
los meses
finales del
explorador
Noel S. Engel

Por
Alex
Ramírez

Marzo 1979- Encuentro con el galeón Nuestra Señora de la Concepción, alias "Cacafuego"

El siguiente reporte es un intento de bitácora de la última exploración del navío *S. Walker*, liderado por el intrépido capitán Noel Scott Engel. El pasado 22 de marzo, un jueves, mientras la nave se encontraba cerca de las coordenadas 16.8395° Sur, 148.3717° Oeste, a unos kilómetros de un archipiélago desconocido, no muy lejos de las islas polinesias, un ominoso mensaje fue recibido por la base marítima londinense de Abbey Road. El mensaje que, según familiares y conocidos del capitán, vino directamente de su voz, comenzaba con trivialidades inquietantes. Engel, cuyo nombre en esta bitácora se sustituirá en ocasiones con el de Walker (nombre de su navío), comienza el informe tranquilo, asegurando que la tormenta por la que navegaron los últimos días por fin había cedido. El barco parece haber sobrevivido al azote sin mayor problema; no obstante, comenta Walker, ha aparecido un sonido extraño durante la madrugada, un sonido que se prolongó y recorrió el navío hasta poco antes del mediodía. Eso según el capitán Engel, ya que, según el reporte, la evidencia apunta a que el capitán era el único miembro de la tripulación que lo escuchaba.

El informe es cortado por una voz lejana que parece clamar tierra al tiempo que divisa un barco no identificado; acto seguido, el *S. Walker* se aproxima con velocidad a estos dos objetivos. El capitán comenta que se trataba de una isla y que, a menos de un kilómetro de ésta, se encontraba un barco con aspecto “atóvico”. La neblina seguía demasiado espesa como para determinar la condición del navío o la naturaleza de la isla, que, de acuerdo con el capitán, “parece levantarse, contra toda probabilidad, varias decenas de kilómetros sobre el mar, en un gesto que desafía a Dios”. Lo último que se escucha del capitán, antes de una pausa de más de diez minutos, es que iría con un puñado de hombres a temperar la situación, ya que el viejo navío no parecía estar respondiendo a las comunicaciones radiofónicas del *S. Walker*.

Desconocemos si, por accidente o de forma intencional, la radio del capitán Engel quedó prendida. Diez minutos después de haber ido, supuestamente, a lidiar con la situación del barco desconocido, se escucha una voz: “Aterrada por los hawaianos, Maman Neigho destroza con su pulgar el galeón Cacafuego”. Según familiares y conocidos, es la voz del capitán Noel Scott Engel.

Mayo 1979- Ira de Dios y posible pérdida de las facultades mentales del capitán Engel

La siguiente comunicación del S. *Walker* no vendría sino hasta casi dos meses después, a mediados de mayo. En ella, el capitán recuenta lo que sucedió desde que hicieron contacto con el otro barco y la isla. Al parecer, el grupo explorador fue atacado por un conjunto de “seres grises, de baja estatura, piernas fugaces y extremidades puntiagudas”. Así son descritos por el capitán, único sobreviviente del ataque. “Locales de la isla, alejados de Dios y de todo lo sagrado”, comenta Engel, quien se escucha notablemente afectado por lo ocurrido. Se le percibe con una actitud vengativa que raya en lo genocida. En su ira rememora positivamente a figuras como Lope de Aguirre y Hernán Cortés. Deja escapar, sin embargo, una inquietud: desconoce por qué lo dejaron vivo.

Al contarles a los demás tripulantes la violencia con la que destazaron a sus camaradas, el resto de los hombres, enardecidos por los asesinatos, se volcaron a tomar la isla con las pocas armas que tenían. Todos, sedientos de sangre, bajaron a las playas y se adentraron en la jungla. Todos salvo el capitán, que, a pesar de su notable cólera, insistió en arreglar el constante ruido del barco antes de asaltar la isla.

Después de semanas de búsqueda, encallados a causa de su propia rabia y de la espesa neblina, los hombres, ya hartos, interrumpieron sus labores para encargarse de los locales. “Inútiles. Traidores. Sordos ante el barco que se deteriora en sus narices”, chilló Engel. La comunicación termina con los sollozos del capitán, que lamenta el motín de su tripulación y clama, con infantil angustia, su regreso al navío. “La selva se tragará sus rostros... ya nunca los volveré a ver”, dijo tras la partida de sus hombres.

Al igual que la comunicación pasada, este mensaje terminó con una pausa, seguida de una última emisión. Esta vez no fue la voz del capitán. La radio captó un sonido del cual sólo se rescatan las vocales. Una “i” seguida por una “o”.

Marzo 1984- Última transmisión: voluntad de Zotep Ciiso, dios olvidado de la peste y la penumbra.

El último mensaje del S. *Walker* llegó cinco años después del primero. Después de varios meses, el equipo de rescate concluyó la búsqueda a finales de 1979, tras haber reportado varios errores en las coordenadas compartidas por el S. *Walker*. No hubo rastro del navío; tampoco de la isla. Con el tiempo, las leyendas y las teorías comenzaron a dar vueltas entre los gremios de exploradores. El consenso general es que el capitán Engel perdió la razón y, luego de un malentendido con su tripulación, probablemente impulsado por el delirio, los llevó a una diminuta isla en medio del pacífico, asesinó a unos cuantos y convenció al resto de desembarcar en la isla, con la excusa de vengarse de los locales. Una vez abajo los dejó a su suerte, pero la conducción del navío fue demasiado para un solo hombre y terminó hundiéndose. Así terminaba la historia del capitán Engel, al menos hasta marzo de 1984.

La última transmisión es de notarse por dos motivos, más allá de la extrañeza de todo el asunto. Primero: para este punto la voz del capitán era casi irreconocible, pues había perdido toda señal de cordura. El mensaje era un completo sin sentido, una colección de palabras aparentemente aleatorias en la boca de un hombre claramente desquiciado. Segundo: después del mensaje del capitán y de la ya identificada pausa con una duración de nueve minutos con cuarenta segundos (en los tres mensajes la pausa dura lo mismo), se alcanza a percibir el sonido que en la transmisión pasada no logró distinguirse del todo.

Este es el último mensaje del capitán Noel Scott Engel, la última transmisión del navío S. *Walker*:

“Es denso, tenso
Invisible, libra por libra
Toda la gente en las esquinas
Empujándose unos a otros
Follando como cabrones
Tocando como atracadores
Empujándose unos a otros
Rompiendo sus gorras
Deslizando sus foques
Descansando en la brisa
Adornando los árboles
Tras el último bosh...

La Muerte Incomprendida

Por Diana Mejía Vázquez

Un día la muerte estaba
aburrida y afligida
cambiar su humor deseaba
y sentirse complacida

Y andando por el camino
un gran músico conoció
marcando así su destino
pues su alegría le confió

Si una sonrisa me asoma
con el canto de tu copla
si tu melodía me colma
iré con el viento que sopla

El requiem de Verdi tocó
con muy singular alegría
ninguna emoción provocó
la muerte no se divertía

Una elegía esta vez cantó
creyendo que le gustaría
mas su dolor nunca acotó
sus lágrimas no contendría

Fúnebre marcha ejecutó
mostrando muy grande osadía
la muerte sólo espetó
su gran dolor no comprendía

La muerte se lo llevó
con increíble ligereza
su gran canción no le gustó
presta cortó su cabeza

Ay de aquel con ella tope
sin gozar de buena suerte
sufrirá muy duro golpe
de incomprender a la muerte.



Cortizo.

Desenmas

Por Mathias Ball Escamilla

carados:

Slipknot fue mi primera banda irremediablemente favorita. Hubo unas cuantas anteriormente que había bautizado con esa etiqueta, pero el caso de Slipknot fue una usurpación, una invasión en la que mi papel fue el de simple testigo. Comenzó como una intromisión fortuita –un video musical a la hora del desayuno– pero con una velocidad asombrosa Slipknot se asentó en mi cerebro y dominó mi vida. Así como el fungi *Ophiocordyceps unilateralis* infecta a una hormiga y obliga a su anfitrión a desplazarse a una locación idónea para el desarrollo del hongo, Slipknot me utilizó como vehículo para esparcir el evangelio del nu metal: en tan sólo un par de meses ya dominaba toda su discografía, tenía una pequeña colección de playeras y otros objetos para rendir culto (de distintos grados de autenticidad), e incluso intenté convertir a varias amistades a mi religión por medio de regalos cumpleaños y recomendaciones que escondían motivos secundarios. Sin embargo, el acto de fe más potente que llegué a cometer fue el establecimiento de mi propio templo, un templo en la forma de ensamble musical. Así es: tal fue la importancia de Slipknot para Mathias de 13 años (y, crucialmente, también para su mejor amigo, igualmente de 13 años) que fue el catalizador para que decidiera crear una banda. Mi descubrimiento y total enamoramiento con una banda de metal de Des Moines, Iowa, cambió irrevocablemente el transcurso de mi vida; menos de dos años después, la muerte de uno de sus miembros cambiaría todo de forma aún más mínimamente irrevocable.





Slipknot comenzó en 1995 con el bajista Paul Gray y el baterista Shawn Crahan. Hubo muchos cambios de alineación en los años formativos de la banda: miembros salían, miembros entraban para remplazarlos, miembros cambiaban de puesto para permitir entrar a alguien más adecuado para el papel que solían desempeñar. Para el lanzamiento de su debut en 1999, la alineación del grupo se había cimentado, al igual que su imagen e identidad: cada integrante usaría una máscara única, tendría asignado un número del 0 al 9 basado en su rol dentro del grupo, y todos portarían *jumpsuits* idénticos. Ése fue el mismo Slipknot que yo conocí en el 2008: Sid Wilson (tornamesas; #0), Joey Jordison (batería; #1), Paul Gray (bajo; #2), Chris Fehn (percusiones; #3), Jim Root (guitarra; #4), Craig “133” Jones (samples; #5), Shawn Crahan (percusiones; #6), Mick Thompson (guitarra; #7), y Corey Taylor (voz; #8).

Durante mis primeros encuentros con ellos por medio del video para la canción “Psychosocial”, el elemento magnético gracias al cual regresaba una y otra vez eran ellos mismos; la música era algo que tenía que soportar para tener acceso al espectáculo visual de estos nueve personajes. Y es que eso justo es lo que fueron para mí durante el inicio: personajes. Mientras que todas las otras bandas que me gustaban estaban integradas por hombres blancos indiferenciables entre sí, en Slipknot tenía un elenco variado de personas fácilmente distinguibles: sus máscaras eran un reflejo y una extensión de la persona que yacía debajo. Incluso cuando me enamoré de la música, los integrantes de Slipknot nunca dejaron de ser un elemento inherente a mi obsesión. Mi relación unilateral con esos nueve hombres veinte años mayor que yo cambió drásticamente a lo largo de tan sólo poco más de un año; pasaron de ser desconocidos a confidentes íntimos; los trataba como mi familia, de una forma en la que nunca traté a mi familia real. Primero vino un proceso de identificación: subía fotos de la banda a Facebook y etiquetaba a mis amigos como el miembro de Slipknot con el que más los identificaba; luego pasé a la apropiación: comencé a integrarlos a mis historias y mis dibujos, haciéndolos míos; finalmente llegó el estado más volátil: la idealización. En ese punto, los integrantes de Slipknot eran mis héroes, una banda de hermanos con los que hacía comunicación cada día; eran increíbles e infalibles, como súper héroes en vida real, como dioses. Y un día repentinamente dejaron de serlo.

Paul Gray falleció el 24 de mayo de 2010, a causa de una sobredosis accidental de analgésicos. La noticia destrozó los cimientos de mi vida: no sólo era Gray mi héroe predilecto, sino que mi opinión tan negativa de las drogas y las personas que las usaban ocasionó un enorme conflicto en mi interior al saber que “ocasionaron” su muerte. Pero mi admiración por él resultó ser más fuerte que mi moralismo, y ese mismo día compré un bajo en su honor. Regresando del centro, lo primero que hice fue pegarle una estampa del logo de Slipknot y tomarme fotos posando con él frente a un póster de la banda. Aún así, algo se había roto en mí; ese hilo rojo que me había unido tan inequívocamente con nueve extraños que se sentían como familia comenzó a deshilacharse. Al día siguiente terminó de deshacerse.

34

El miércoles 25 de mayo, los integrantes restantes de Slipknot, así como la esposa y el hermano de Gray, participaron en una ronda de prensa. Hasta ese momento —más de 10 años tras el lanzamiento de su debut y su entrada al estrellato metalero—, la banda se había tomado extremadamente en serio el asunto de las máscaras como parte de la identidad de Slipknot: los rostros de más de la mitad del grupo permanecían un misterio para el público general, y personalmente sólo había visto las caras de Corey Taylor y Jim Root (debido a su involucramiento con la banda Stone Sour). Esa mañana, no logré ver a mis héroes. En su lugar vi a ocho desconocidos, a ocho hombres grises y destrozados, sentados detrás de una mesa cubierta con un mantel blanco, vestidos en ropa de calle, desenmascarados, vulnerables. Fue insólito ver las caras cotidianas que habían existido siempre detrás de capas de maquillaje y látex, como una imagen sagrada que mis ojos no santificados no tenían derecho de admirar; pero también fue reconfortante ver a estas figuras que asociaba con una masculinidad dura permitir ser vistos en público mientras veían hacia adelante con la mirada vacía, mientras hablaban sobre el amor que tenían por su hermano con un nudo en la garganta, aguantándose las lágrimas para lograr decir palabras necesarias. Aun así, la experiencia también me destrozó a mí, así como el vínculo con ellos.

Nunca pude explicar por qué se dio ese cambio tan repentino. Mi mejor amigo no daba crédito y nunca podía contestar sus preguntas al respecto; genuinamente no sabía, no entendía la razón, y sentía una culpa apabullante al sentir que había abandonado a mi familia en el momento en el que más me necesitaban. Ahora, revisitando esa rueda de prensa y con el conocimiento de los sucesos de doce años sin Gray, creo tener una explicación (aunque considero que no me permite llegar a un entendimiento verdadero). Algo se rompió ese día no sólo en mí y en los ocho integrantes restantes de Slipknot, sino que también, crucialmente, algo se rompió irrevocablemente entre ellos. Los comentarios de Taylor y Crahan que identifican a Gray como el corazón de la banda no eran simplemente palabras sentimentales, eran aseveraciones literales: sin Gray en Slipknot, el grupo continuó como banda pero no como familia, y esa diferencia — aunque sin duda imperceptible para muchísimos de sus fans (o simplemente carente de importancia) — afectó tremadamente a mi yo de hace 11 años al grado de crear esa separación, esa brecha que a este día no ha sanado, y que claramente devino en un cambio radical a nivel interpersonal dentro de la banda.

La disolución de la familia que era Slipknot también tuvo consecuencias concretas en la banda, las cuales se pueden apreciar notoriamente en dos casos concretos: el despido de Joey Jordison (quien falleció en junio del 2021) en el 2013, aparentemente a causa de una enfermedad neurológica que afectaba su habilidad para tocar la batería; y el de Chris Fehn, debido a una demanda que lanzó contra la banda por regalías que consideraba le eran debidas, en el 2019. Es imposible predecir con certeza si esto hubiera ocurrido con Gray aún parte de la banda, aunque yo me atrevo a suponer que no. Y es que la indiferencia y el disgusto que siento por la música que Slipknot ha sacado desde la muerte de Paul Gray no se reduce a cuestiones meramente musicales; posiblemente si el bajista hubiera estado vivo para colaborar en esos lanzamientos no cambiaría mi opinión al respecto. Pero con su muerte se me otorgó un vistazo a lo que estaba pasando tras bambalinas, y desde entonces algo simplemente no cuadra ya para mí; tal vez mis héroes siempre sí eran simplemente personajes.

Aquél que no sabe de martirio

Por Nicolás R. Torres

Ay de ti, ¿o de *mi* alma?

¿Quién me da la vida? Si yo me muero, que me lleve el viento
y se queme la tarde pa' verla a usted, Parquita. Unos ojitos bailando:
Son de difuntos
que estar de fiesta por morirse es negligencia de vida.

Camina un altar naranja junto a una guitarra llorona
y luces calientitas se van acercando. Salía del templo para morirse
morirse de a poquito y andar penando. Échate unos mudras.
Hablamos con las manos en la sombra como si estuvieran bailando.

Yo soy de campo lirio. En labios tibios y azules descanso,
en *la menor* de las flores. Reminiscencia de un devaneo.
Ya no me muero de frío y sé lo que cantan las flores:
se quieren morir a cada latido del río, a cada latido de *mi*
río, donde el sol aulla una favela istmeña.

El "hasta los huesos" que me acompaña, que hoy maravilla es.
Ayer mi cuerpo, que se despertó con tu canto, flaquita.
Quien no sabe de martirio, no sabe de la vida.
Aquel que no sabe de usted, no conoce esta luna.

Y entre mis manos estaba un sueño,
me montaba en la cama de azul celeste.
Lloraba de vida, lloraba de verte.
un trago de esta flor que es mía de usted.

Escribí este poema con motivo de la muerte, para la revista Cluster. En mi país, la muerte no es el fin de la vida, de hecho, se celebra. En mi país, la muerte está entre nosotrxs todo el tiempo, literal y metáfora. Me enorgullece la respuesta de mi gente ante la muerte, no el hecho de que esté tan presente.

Esto último es parte de la violencia que se vive por ser mexicanx. Mi gente desaparece y sufre, pero su familia siempre le guarda un lugar como a sus santos. Honrar la vida de alguien me parece de lo más hermoso que hay.

Una de las canciones con más historia al respecto es *Llorona*. Se sabe que proviene de una divergencia que combina la tradición del día de muertos, con la leyenda de la Llorona y la reappropriación de un poema de Luis de Góngora. Y aunque no se sabe bien quién la escribió, se sabe que cada intérprete ha tenido la libertad de darle su propio giro. Este es el mío.

Me interesaba unir los acordes al poema, así que incorporé los sonidos literales de cada uno en cursivas a las imágenes poéticas. También me resuenan imágenes que parten del cortometraje *Hasta los huesos* (2002), pues fue de las primeras representaciones visuales que recibí cuando niño. Mi familia es de Chiapas, por lo que la canción estaba casi en mi sangre. Escribir esto me vino tan natural que me asustó. Tal vez, es la cercanía que tengo con la muerte por ser mexicano, tal vez es lo anterior. Pero estoy seguro de que no soy el único al que la muerte le trae vida.

